

esa fe que tú plantaste, sin menoscabo, por la introducción de sectas falsas en este pueblo todo tuyo, todo Mariano; sino que antes bien seamos todos y siempre tuyos en el tiempo y la eternidad; y por tí vivamos en la gloria donde tú vives, que es la del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. AMEN.

S E R M O N

SOBRE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA

PREDICADO EN PUEBLA
EN EL CONVENTO DE LA CONCEPCION EL AÑO DE 1875

POR EL

PBRO. D. BARTOLOME ROJAS

*Fulcite me floribus, stipate me malis:
quia amore languo.—Laeva ejus sub ca-
pite meo et dextera illius amplexabitur me.*

Sostenedme con flores, cercadme de
manzanas: porque desfallezco de amor.—
La izquierda de él debajo de mi cabeza,
y su derecha me abrazará.

Cant., II, 5-6.

Señores:

Momentos hay de entusiasmo en que el alma, fuera de sí misma, no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. Escenas tan tiernas, tan arrebatadoras nos ofrece el cristianismo, que ni pueden copiarse sino de una manera muy imperfecta, ni trasladarse al lienzo más que en oscuro y mal trazado boceto. Tal es, sin duda, la que hoy nos ofrece la Iglesia Santa celebrando el augusto mis-

terio de la Asuncion de la Santísima Virgen Nuestra Señora, y de su entrada triunfante á la celestial Jerusalem. ¡Quién poseyera, señores, el sentimentalismo de los arcángeles para hablar dignamente de los últimos preciosos momentos de la Madre de Dios! Oidla exclamar en su celestial arrobamiento: *Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore languo. Laeva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.* "Sostendme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor. La izquierda de él estará debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará." No hay que extrañar que un puro mortal se encuentre desorientado, abrumado por el peso de asunto tan vasto, cuando el mismo Espíritu Santo, foco de luz y centro de la sabiduría increada, se muestra tan absorto á vista de las bellezas y magnificencias de esa Mujer celestial que parece vacilar al proponerse darnos una idea de tan singular fenómeno. Tan pronto busca en el cielo las imágenes más grandiosas y sublimes, como toma prestados de la tierra los colores más grandiosos y encantadores; ya la compara á la alborada de una risueña aurora, ya á la claridad de una luna despejada en el día de su plenitud, ya al sol radiante cuando asoma sus cabellos de oro al través de un azulado horizonte. Aquí es la blanca azucena que derrama sus perfumes en las laderas del torrente, allí la rosa fragante que embellece los jardines de Jericó; más allá la vid frondosa cuyos racimos encantan los ojos del viajero que cruza las viñas de Engadi; ora la titula hermosa entre las hijas de Sion, ora la llama esposa idolatrada del Rey celestial, ora canta su epitalamio como á la sin par Sunamitis que ha herido el corazón del Salomon divino con una mirada de sus ojos, con un solo cabello de su cuello encarnado, ó como á la criatura sin segunda en quien se hallan reunidas todas las glorias del Líbano, las magnificencias del Carmelo y los atractivos de Saron; bien el prodigio nunca visto cuyo ropaje es el sol, la luna el escabel de sus piés y las estrellas del firmamento su diadema. María, dice San Bernardo, tiene

todas las prerogativas del cielo, todos los dones de la carne y los carismas del corazón; María es el gran milagro de la naturaleza; el inefable prodigio de la gracia, la obra fenomenal por excelencia de la Trinidad Beatísima; y esa Virgen, más hermosa que el astro que preside la noche y que la majestuosa lámpara que alumbra al firmamento, embriagada en los celestiales carismas del amor divino, descansando su cuello torneado de alabastro en el brazo del augusto monarca de las eternidades, burla la corrupcion de la tumba, arrebatada á la muerte sus despojos, y alzándose con heroica gallardía sobre las nubes, se pierde en cuerpo y alma en el seno de la divinidad, y se sienta á la diestra de Jesucristo para dividir con él el supremo imperio del mundo.

Está indicado el asunto que debe ocupar vuestra atención religiosa; mas para dar á mis conceptos mejor orden al formar los encomios de la Santísima Virgen en el augusto misterio que celebramos quedará probada esta única proposición:

Las grandes prerogativas con que la Trinidad Beatísima honra á María el día de su Asuncion gloriosa á los cielos, son en el cristianismo los motivos para buscar en ella el consuelo, invocándola con el renombre glorioso de Madre de la Caridad.

Purísima María, conozco la pobreza de mi capacidad para elogiarte; muévate esta pública confesion para alcanzarme las luces del Espíritu Santo, pues que apenas puedo balbutir tu nombre dulcísimo y admite la humilde ofrenda de mi lábios y de mi corazón que con cariño filial pongo á tus plantas para decirte con el ángel llena de gracia.—AVE MARIA.

Acostumbrados á considerar la muerte como la disolucion de nuestro sér material, y á no contemplar en ella sino lo que tiene de amargo y terrible, cuéstanos no poco trabajo formarnos una idea halagüeña de esos postreros momentos que trasladando al alma desde el tiempo á la eternidad, la ponen en inmediato contacto con su criador, despojándola de todo lo que la servía de obstáculo para elevarse á su único principio y último fin. Adheridos á una tierra que nos dió un asilo prestado al entrar en el mundo, nuestras aspiraciones hácia el cielo son sumamente débiles y no alcanzan á dominar nuestros sentimientos puramente humanos. Nutridos con las quiméricas ideas de una felicidad transitoria, poco ó ningun encanto tienen para nosotros las positivas esperanzas de una ventura sin término. Enamorados locamente de unas bellezas que deslumbran nuestros sentidos, y de unos bienes que halagan nuestra baja ambicion, el amor divino no halla cabida en nuestros corazones materializados y muere en ellos como la flor temprana privada del calor vivificante del sol, y apenas nos merecen un liviano recuerdo las inmortales delicias de la vida futura. Hé aquí los principales gérmenes que envenenan nuestra existencia, y hacen sobremanera tristes y desgraciados sus postreros instantes. Si ellos no existiesen, indudablemente desaparecería de nuestros ojos ese aspecto fúnebre de la muerte, y bien léjos de mirarla como un fantasma estremeedor ó como un mensajero de fatídicos destinos, contemplaríamosla como el ángel de la libertad, como el génio de la buena nueva, de cuyas manos penden las llaves del eterno Eden, y cuyos lábios se abren con la sonrisa de la paz y de la reconciliacion perdurable. Tal fué para María ese momento supremo tan lleno de torturas para los demás descendientes de un padre criminal; porque María fué la única entre todas las criaturas en quien el Señor no descubrió jamás sino inocencia y virtud, amor y aspiraciones celestiales, deseos puros y esperanzas eternas, poseida por él desde el principio de sus caminos, cuandos las verdaderas virtudes

desterradas, por decirlo así, del corazon humano en fuerza de un pecado de origen, buscaban en vano un asilo; halláronle únicamente en el immaculado corazon de esa Virgen privilegiada, cubierta con la sombra de la virtud del Altísimo y en él se refugiaron como en un una arca de salvacion, merced á esa Criatura siempre sublime, siempre grande, siempre heroica. Nunca la humanidad perdió en ella su belleza y dignidad primitivas; colmada de virtudes y llena de merecimientos, fué siempre obediente á los secretos del Hacedor Supremo, para ser siempre digna de sus eternas complacencias; inocente víctima sacrificada en las aras de la caridad más ardiente, nada ilusiona su corazon candoroso, porque en los setenta y dos años de su vida su corazon ha sido el nido más gracioso donde reposara el Espíritu santo. ¿Qué es, pues, morir, para María? Es entregarse con la vivacidad del rayo y del relámpago al deliquio más inefable, es salvar las lindes del tiempo para ser adormida en los brazos de Jesús y despertar despues de aquel sabroso sueño inundada en un abismo de gloria incomprensible. Con razon, pues, señores, los ángeles, estáticos al contemplar las glorias de María en el dia de su Asuncion, se preguntaban con entusiasmo: ¿Quién es ésta que viene del desierto rebosando las delicias, reclinada en la diestra de su amado? ¿Quién es ésta que viene cual columnita de humo, embalsamando al mundo con el aroma exquisito de sus virtudes, más suave que los perfumes del cinamomo y el estoraque, el terebinto y el bálsamo? ¿Quién es esa doncella divinamente encantadora que abandona la tierra entre transportes del más puro júbilo, cual desterrado que despues de un prolongado ostracismo toca la playa deseada donde le esperan los objetos más caros de su corazon? ¿Quién es esa Madre cuyos postrimeros acentos, más dulces que el silvo del inocente pajarito y más melodiosos que el canto del enamorado cisne, vibran en los pechos de sus hijos con una armonía celestial, produciendo amor y virtudes? Colocada María, señores, sobre un modesto lecho, recibe